



Julio Torri,  
*Obra completa*,  
FCE, México  
2011, 713 pp.

### Raúl Olvera Mijares\*

Dispersa en publicaciones periódicas de la época, en varios puntos del mundo hispánico, trasvasada y selecta por el propio autor en distintas colecciones que pudo efectuar en vida o bien llevaron a cabo sus amigos, rescatada en forma póstuma entre sus papeles personales y correspondencia de años con diversos hombres de letras, la obra integral de Julio Torri jamás se había recogido en un solo tomo y aún es dudoso si la reciente *Obra completa*, en edición de Serge I. Zaïtzeff, contiene no sólo los posibles y deseables hallazgos –acariciado y febril sueño de quienes bucean en archivos–, sino incluso la totalidad del cuerpo de la obra aparecida hasta hoy, en su apabullante mayoría, en una misma casa editora.

De manera sorprendente, el primer libro de Torri publicado por el Fondo de Cultura el año de 1952, *La literatura española*, quedó excluido de esta edición. De seguro, por tratarse de una obra elemental o bien de carácter erudito, ya que este misterioso opúsculo de Torri admite una u otra lectura e incluso ambas; en otras palabras, sirve como introducción al tema para el estudiante y es repaso obligado y casi deleite para el estudioso; por inexplicable que resulte, un alarmante número de los escritores actuales en español, de este y del otro lado del Atlántico, no caen ni en una ni en otra categorías y una posible salida de ese limbo sería la lectura de esta obrita. Se incluyen, en cambio,

las impresiones e ideas generales de Torri acerca del cuento, el Romancero, varios escritores como Juan Ruiz Arcipreste de Hita, Cervantes, Lope de Vega, Pérez Galdós y algunos más cercanos al autor, contemporáneos suyos, más otros ingleses, franceses y alemanes.

La segunda exclusión la constituyen los *Epistolarios* (UNAM, 1995), de los cuales sólo se recogen las cartas a Alfonso Reyes, que formaban ya parte del volumen *Diálogo de los libros*, dejando en la más miserable orfandad el resto de la correspondencia con Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Rafael Cabrera, Xavier Villaurrutia y otros escritores de México, América Latina y España. Más comprensible resulta la primera exclusión que la segunda, debido a un hecho en sí mismo despreciable aunque de importancia singular para penetrar ciertos pormenores, Zaïtzeff cuidó, anotó, recopiló y desempolvó la mayor parte del epistolario, mientras que *La literatura española*, editada en vida de Julio Torri, no estuvo ciertamente a su cuidado. Esto viene a colación ya que las cuatro intervenciones del estudioso canadiense de origen ruso-francés en la edición de *Obra completa* –que serían *El arte de Julio Torri* (Oasis, 1983, Premio Villaurrutia), los prólogos a *Diálogo de los libros* (FCE, 1980) y *El ladrón de ataúdes* (FCE, 1984), con la adición de una bibliografía que promete ser exhaustiva, consideraciones teóricas donde se consumen alrededor de ciento cincuenta páginas, sin contar con las molestas y casi necesarias reiteraciones del editor sobre pormenores acerca de la vida y la obra de Torri– vienen a hacer del libro no sólo un homenaje al gran literato saltillense sino un testimonio de la gran tarea del profesor emérito de la Universidad de Calgary, quien ha venido abocándose, desde los años ochenta, a su estudio; ni antes ni durante este tiempo, desde luego, este erudito ha estado solo. Torri ha sido objeto de artículos, ensayos y monografías por parte de Alfonso Reyes, Antonio Castro Leal, Andrés Henestrosa, José Luis Martínez, Ramón Xirau, Emmanuel Carballo, Beatriz Espejo, Marco Antonio Campos, Gabriel Zaid y Luis Ignacio Helguera, entre una variedad de nombres, como el mismo Zaïtzeff tiene el cuidado de dejar puntual registro en la bibliografía que no excluye ciertas omisiones. Se esperaría de este académico, nacido en Versalles de padres rusos y formado en el Canadá anglófono, un prurito singular en materia de edición, no sólo en las notas de pie de página aclarando los nombres, méritos, fechas de nacimiento y muerte de los personajes aludidos, sino cuidando el cuerpo del texto, cerciorándose de que estuviera libre de erratas, preparando introducciones o prólogos por-

\* Ha colaborado en las revistas *Jornada Semanal*, *Tierra Adentro*, *La Tempestad*, entre otras. Autor de *Puntos cardinales* (2003) y *Las influencias expuestas* (2013).

menorizados donde se recojan las minucias y peculiaridades respecto de la última versión, y no simplemente que se limitara a recopilar materiales ya publicados tal como aparecieron.

Los escritos de Julio Torri, a pesar del celo y empeño que debió poner su autor al intentar darles forma definitiva, han corrido algunos avatares, los propios de las revistas y diarios donde vieron la luz, además de ciertos túbeteos naturales por parte del autor en cuanto a grafía de nombres extranjeros. ¡Qué mejor revisor de los nombres y voces en francés que un parisino por nacimiento! En “Ensayos y poemas”, un texto tomado de Rimbaud, dice: “J’avais en effet, en toute sincérité [sincérité] d’esprit, pris l’engagement de le rendre a [à] son état primitif” (p. 117). En este texto de Baudelaire se van otras dos: “et néanmoins il n’a jamais réussi a [à] rien, parce qu’il croyait trop a [à] l’impossible” (p. 121). O bien epígrafes en alemán, como en el siguiente tomado del *Don Juan* de Nikolaus Lenau: “Ich habe manches Weib mit starken krallen [Krallen] aufs Lager des Verlangens hingerissen” (p. 318). En alemán todos los sustantivos, como se sabe, van en altas. Varias veces se alude a la ópera de Wagner como *Tannhauser* [Tannhäuser] (p. 360) y Lütowste. [Lütowstr. o bien, desplegando la abreviatura, Lütowstraße] (p. 419).

Las cartas de Torri a Alfonso Reyes, donde entre líneas se leen tantas ironías veladas, odios inconfesables y una envidia arrolladora, en general están bien editadas. Un tanto elemental, casi hecha para uso de escolares, la aclaración en las notas de pie con los datos de los autores, en ocasiones de dominio público; sirvan de ejemplo las siguientes: “Francisco de Quevedo [y Villegas] (1580-1645), poeta español” (p. 401); “Luis de Góngora y Argote (1561-1621), poeta español” (p. 402); “Heinrich Heine (1797-1856), poeta alemán” (p. 405); “Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), poeta, dramaturgo y novelista alemán” (p. 405), “Ludwig van Beethoven (1770-1827), compositor alemán” (p. 448). En una carta de Alfonso Reyes se va una curiosa errata en títulos de sus propias obras: *Ifigenia, Todas las roras* [horas], *Crónica de Monterrey* (p. 524). ¡Era eso o el coloquialismo mexicano todas las roras! Cosa que a Reyes, hombre casado pero tan afecto a las aventuras galantes, habría arrancado sin duda una gran sonrisa.

Una frase memorable aparece en una carta a Reyes, fechada en Madrid en septiembre de 1917:

Ya estoy demasiado corrido para disgustarme con las erratas, ya no tengo esa histeria de los escritores



Iris Aburto: de la serie *Homo natura*, 22 (técnica mixta)

primerizos; ya sé, sobre todo, que todo el esfuerzo humano es inútil. La errata es un microbio, no se la puede destruir ni a la temperatura del plomo derretido de la linotipia (p. 464).

Juicio incontrovertible que sigue siendo valedero aun en las ediciones que sin llevar el calificativo de críticas casi se presentan por tales, realizadas por académicos cuya lengua madre no es el castellano. Ese, desde luego, no es mayor problema, puesto que gran parte de las erratas señaladas (se quedan algunas en el prudente anonimato) están en lenguas extranjeras. Este desdoro viene a darse precisamente en un tiempo en que las modernas computadoras y la red mundial facilitan la consulta ininterrumpida y la aclaración inmediata de casi cualquier duda. 